


pectáculos poéticos— musicales (no debemos olvidar su ejemplar visión de la ópera *El teléfono* de Menotti, que viene a plantear nuevamente el problema de los directores operísticos, hasta ahora conformes —en nuestros escenarios— con lograr que canten (mal) las actrices (que no actúan); nuestra memoria no desea que la derrote el olvido y así tenemos presentes las intervenciones de Gurrola como director y actor en el terreno cinematográfico, en el balletístico e, insistentemente, en las artes plásticas: justamente una de las últimas exposiciones de Gurrola consistió en una colectiva que con el membrete de *17 artistas de hoy en México* pudo mirarse en el Museo Tamayo de la sufridora ciudad de México.

Thornton Wilder también se recuerda en 1985, año que señala los primeros diez de su corporal ausencia. Nacido en 1897 (el 17 de abril) en Madison, Wisconsin, Wilder, como se sabe, es autor, además de la obra antes citada, de las novelas *El puente de San Luis Rey* (1927, que le valió el primer Premio Pulitzer) y de *Los idus de marzo*, amén de la experiencia teatral de *Nuestro pueblo* (*Our town*), estreno en Princeton en 1936 y nuevo premio Pulitzer, y de la traducción de *Mortes sans sépulture*, de Sartre, para ser representada en el vecino país del norte con el título de *The Victors*. 


Doménico

“Por una casualidad feliz, fui puesto sobre la pista de la primera ópera compuesta por un compositor uni-

versal como fue Antonio Vivaldi, sobre un tema esencialmente americano, y más que americano, histórico y mexicano”. Palabras que gustaba repetir, a propósito de *Concierto Barroco*, Alejo Carpentier, uno de los poquísimos escritores que en el mundo han sido que sabía hablar de música con conocimiento de causa. Referencia vuelta lugar común: se trataba de *Moctezuma* o *Moteczuma*, ópera, y no compañía cervecera, del bien llamado “Padre Rojo”, estrenada en Venecia en el año de gracia de 1733.

En una deliciosa página de *Concierto Barroco*, “esa novela no muy larga”, Carpentier nos introduce al laberinto del Ospedale della Pietá, situado en la ciudad nacida de canales favorecedores a la muerte de Aschenbach; con o sin disfraz carnestolendo los lectores convivimos, entre otras personalidades ilustres, con el amo azteca, el negro Filemón, Pierina del violino, Cattarina del corneto, el anuncio insospechado de la tumba de Igor Stravinski (y de Ezra Pound), el Preste Antonio, el sajón Haendel (que gustaba cambiar la ortografía de su apellido según necesidades geográficas), Claudia del flautino y Doménico Scarlatti, cuyo tricentenario de nacimiento se celebra en 1985, acaso menos ostentamente —en México, al menos— que los de Bach y Haendel, tal vez por contentarse, orgullosamente humilde, con más de quinientas *Sonatas* para teclado, “ejercicios” que todos los intérpretes de ayer, hoy y mañana, se esfuerzan por otorgar —sin menoscabo del deleite que produce su audi-


ción, amén de su claro propósito meramente didáctico— nueva vida.

Recordado por esas *Sonatas* que —uno nunca sabe— ensombrecieron óperas, cantatas, misas, oratorios o sinfonías concebidos dentro de las convenciones de la época y de residencias en cortes de estirpe española, Doménico Scarlatti (1685-1757), burla burlando pero con sabiduría, no cesa de refrescar programas recitalísticos gracias, entre otras virtudes, a un desenfado sinónimo de seguridad, audacia, anticovencionalismo y difícil facilidad. 

Saint-John Perse

En el número 16 correspondiente a octubre-noviembre de 1975 de *La Palabra y el Hombre* (Nueva época) se rindió mínimo homenaje a Saint-John Perse en ocasión de su desaparición física (el 20 de septiembre de 1975, en Giennes, cerca del mar). Marie-René-Alexis-Saint Leger, que el mundo repetirá como Saint-John Perse, “pseudónimo elaborado por casualidad, sin significado alguno”, había nacido en una de las Antillas Francesas, Saint-Leger-les-Feullets, cerca de la isla de Guadalupe, el 31 de marzo de 1887 y fue saludado por Eliot y Ungaretti como “el mayor poeta del siglo”. En 1960, año del absurdo accidente automovilístico que costó la vida de Albert Camus, recibió, para sorpresa de no pocos, el Premio Nobel de Literatura, galardón que no obtuvieron muchas de las grandes figuras poéticas francesas de esta centuria: Valéry, Claudel, Eluard, Apollinaire, Breton, Ara-

gon, para no citar sino algunos nombres; los poetas franceses, en cambio, no tenían más Nobel que el primero de los concedidos, a Sully Prudhomme, de tan oscura memoria que casi parecería un escarnio en la prestigiosa lista. En aquel entonces el mínimo homenaje se completaba con un fragmento de *Anábasis*, acaso la obra definitiva de Perse, en versión de Octavio G. Barreda. (Las ilustraciones correspondían a fotografías de Paulina Lavista).

No podemos olvidar que, luego de la desaparición física de Perse, el número 13 de *Material de Lectura* en su serie Poesía Moderna editada por Guillermo Sheridan, incluyó una Antología Mínima de Saint-John Perse en la que figuraban *Imágenes para Crusoe*, *Lluvias*, *Nieves*, *Exilio*, en la excepcional traducción de Jorge Zalamea, poemas seleccionados por José Emilio Pacheco y que contaban, además, con una sabia nota introductoria del autor de *No me preguntes cómo pasa el tiempo*. Recientemente, Saint-John Perse ha dejado temporalmente de ser un poeta desconocido para la mayor parte del público mexicano ya que *Anábasis*, en voz de Jorge Zalamea, no sólo puede adquirirse en más o menos prestigiosas librerías sino hasta en esos puestos callejeros que no cesan de ofrecer también periódicos y revistas de tinte subidamente amarillo. 

De algunos premios, homenajes, aniversarios, fallecimientos en el año de desgracia de 1985

La lista no pretende —ni se propone— alcanzar la exhaustividad, pues esta Revista posee como objetivos otros que rebasan los límites —anchos o angostos— de publicaciones especializadas en la mera y necesaria información puntual, todas ellas acaso dignas de críticas severas pero siempre buscadas, leídas y coleccionadas por lectores ávidos. Sin embargo, ofrecemos un breve recuento, ya que algunos nombres nos conciernen y otros, los más, no pueden dejar indiferentes a quienes tenemos el privilegio de nacer, crecer y morir sobre la misma tierra. En la presentación de la Revista *Diagonales* cuyo nacimiento nos consuela un poco de al parecer definitiva desaparición de *Diálogos*, fuerte pérdida ésta para nuestra cultura, Francisco Segovia definía las revistas, palabras que hacemos nuestras: “Las revistas son siempre colecciones de escritos más o menos heterogéneos. Son, por así decirlo, antologías, compendios de varia lección y, a veces, hasta de varia elección. Lo que las define como revistas es que son antologías periódicas. Esto quiere decir que, a diferencia de los libros, las revistas sólo se juegan de veras en el tiempo: están hechas para la continuidad, no tanto para la trascendencia. Más que los rasgos de un rostro, muestran sus “modos”, sus inclinaciones, a veces también sus tics: las revistas son un

gesto que se despliega en el tiempo”.

Si de premios se trata, no podemos caer en el olvido y sí aplaudir larga, fervorosa, amistosamente a Marco Antonio Montes de Oca, uno de los máximos poetas mexicanos, quien obtuvo el Nacional de Literatura que otorga anualmente el Estado Mexicano, galardón que obtuvo hace muy poco Jaime Sabines. Fundador del “poeticismo”, junto con Eduardo Lizalde, González Cosío y Enrique González Rojo, la poesía ulterior de Montes de Oca no deja de deslumbrarnos. Revisando el Índice General preparado por *La Palabra y el Hombre* encontramos algunos poemas de Montes de Oca en el número VIII (1958). En esa misma entrega se halla la “Canción para escribir en una ola” (poema dedicado a Emilio Carballido) de José Emilio Pacheco, quien mereció homenaje por sus 25 años de escritor fecundo y definitivo para las más antiguas y recientes generaciones. Poeta, traductor, narrador, periodista en el más amplio sentido de la palabra, Pacheco también colaboró con *La Palabra y el Hombre* en entregas posteriores: de esos textos recordamos “Tarde enemiga”, “Tres ficciones”, “Dos poemas españoles”, uno dedicado a Flaubert, la ‘traducción’ de una página atribuida a Borges acerca de Mary Read y Anne Bommey, dos famosas mujeres piratas del siglo XVIII, ‘traducción’ seguida de una carta erudita; Pacheco, además, enriqueció algunas páginas de *La Palabra y el Hombre* con sendas reseñas dedicadas a *Se llama Catalina* de José Mancisidor y *Ven, caballo gris* de José de la Coli-